

¿Dónde están las nieves de antaño?

Gregory Zambrano*



A la ciudad de Mérida en sus 450 años

En 1957 Mariano Picón Salas preparaba la edición de sus semblanzas y el testimonio de su pasión por la ciudad natal. Atendía una iniciativa del Dr. José Borjas Sánchez, Director de Cultura de la Universidad del Zulia, para rendir homenaje a la ciudad de Mérida en la víspera de cumplir cuatrocientos años de su fundación. En *Las nieves de antaño* (1958), el escritor se proponía organizar todas aquellas notas dispersas, publicadas en periódicos y revistas, para obsequiárselas a su ciudad como una especie de memoria íntima. Entonces pensaba en aquella comarca montañosa guardada en su memoria y decía: “Miro ya a ese paisaje que dejé de muchacho, con el sol de los venados que es el de mi experiencia y mi melancolía vivida. Cuando uno también selecciona el color y dibujo esencial, en el laberinto de todos los recuerdos”.

Algunos consideran que *Las nieves de antaño* es otra de sus autobiografías, junto a *Viaje al amanecer* (1943) y *Regreso de tres mundos* (1959). Más que una pequeña añoranza de Mérida, es un testimonio y el relato cincelado del hombre que ha recorrido el mundo, visto y sentido innumerables paisajes y que siente en sus espaldas el sol de los venados.

Es el paisaje de la infancia y la juventud temprana; quizás ya no era el mismo del que había salido en

1923 para buscar nuevos horizontes bajo los cielos de América. Tras muchos años de trashumancia volvería cargando experiencias, libros, reconocimientos y no pocos sinsabores. En nuestra Mérida de hoy algo de aquella nostalgia aún sobrevive a las calamidades del desarrollo urbano descontrolado. Poco queda de la nieve de antaño..., un hilo de sus cuatro portentosos ríos y algo del colorido cerro de las Flores.

La ciudad está pincelada con sus recuerdos, tan personales, con su paisaje y su historia, con los nombres pintorescos de sus pájaros y el azul lejano de sus montañas. Entre sueños y fantasmas deambulan personajes de ruana y hablar pausado.

En *Las nieves de antaño* todo adquiere matices coloridos, “en estas páginas en que nada se enseña sino un poco de alegría y amor, sigo devolviendo a mi ciudad algo de la deuda de nostalgia y ensueño que me dio para peregrinar por la vida”, escribió.

Una ciudad que siempre ha creído más en las ciencias y las artes, en el poder de la razón y las ideas que en las órdenes de los cuarteles: “Siempre fue Mérida ciudad culta, pacífica, de letrados, poetas y gentes corteses que no podían defraudar el compromiso de estudio y meditación a que convida su incomparable paisaje”. E insiste Mariano: “El merideño que viaja lleva la iluminada fábula de su paisaje como permanente nostalgia”.

Por sus páginas pasa la evocación de don Tulio, el rapsoda de Mérida, quien “persigue la curiosidad histórica y sabe servirla con gracia impregnada de sencillez”; el iniciado Emilio Menotti Spósito, recitador de cantos bárbaros, quien puso en las manos de los inquietos jóvenes aspirantes a escritores “todo un acendrado y oculto paraíso de literatura prohibida”; la pedagógica disertación de Julio César Salas, quien dirigía en Ejido el periódico *Paz y trabajo* “que pretendía orientar a conuqueros y ganaderos, y en el que pedagógicamente se disertaba sobre semillas, conservación de suelos, abonos, cultivos y pequeñas industrias rurales”; Gonzalo Picón Febres,



Av. 3 Independencia frente a la Plaza Bolívar, año 1906.

a quien considera de una manera audaz “un hombre de frontera, suerte de escritor a destiempo, que continuamente rompe lanzas contra los hombres de la vieja generación, pero tampoco se siente a gusto en la que le sigue”, lúcida conclusión para valorar al novelista, al poeta, al crítico, quien le dio a Venezuela su primera historia intelectual.

Así descubre para el presente y para el recuerdo de sus contemporáneos el paso maravilloso de otros merideños que invirtieron sus escasas fortunas en complacer la imaginación y la sed de saberes, Tal es el caso de don Emilio Maldonado, enamorado del cielo y las mariposas de Mérida, que invirtió el producto de una próspera cosecha de café para comprar un telescopio alemán, y junto a su hermana Juana Paula —quien se volvió tan sabia como él— “sólo tenían ojos para las estrellas y para esas como enormes flores volátiles, orquídeas con alas, que en los días más secos y transparentes del verano tienen sus cónclaves luminosos y emprenden vuelos nupciales en los campos de Liria, El Vallecito, La Otra banda”. Y de Antonio Spinetti Dini, a quien todos llamaban Tonino, cofrade de los primeros años de formación, con quien leía las novelas de Salgari y revivía las hazañas de Sandokan.

Tonino y Alberto Adriani, fueron los amigos más entrañables de aquellos años de formación; ambos “se

fueron jóvenes y frustrando tantas promesas, son dos de los seres mejores que conocí en mi adolescencia merideña”. Más que nostalgia, es un homenaje a la memoria de los amigos ausentes, que dejaron su obra inconclusa. Por ello en esta semblanza de Antonio Spinetti Dini están condensadas las pequeñas anécdotas de aquellos años en los cuales los jóvenes de su generación buscaban su derrotero -el de la vida y el de las palabras-; por ello recuerda cómo Tonino “Limpiaba cada día más sus versos para que fueran más auténticos y más veraces, para que en ellos cupiera la fe de un hombre que entre todos los contradictorios caminos que dispara el mundo, hubiese elegido el que conduce a la filantropía y la bondad”.

Uno de los mayores méritos de estas páginas ha sido y es el de preservar la memoria. La Mérida que entregó soldados adolescentes a la causa de la Independencia y que dejaron su vida en Los Horcones y Niquitao; la ciudad que transformó un seminario en Universidad como una de las primeras reivindicaciones de los patriotas merideños al formar su Junta autonómica en 1810. El destino de Mérida, afirmaba, se asocia al de esta casa universitaria, que ha sido, sin duda, “nuestra mayor empresa histórica”.

No podía escapar al ojo atento del viajero, la relación con las otras ciudades homónimas, la Mérida



Calle de La Igualdad. A la izquierda el Mercado, año 1930

mexicana, “situada en la blanca, casi pétreo pampa yucateca” y la Mérida extremeña, Emérita Augusta, madre de las otras dos Méridas indianas, que tiene “el encanto de un río que también se llama Albarregas como el de mi ciudad natal”.

Picón Salas recuerda con emoción y simpatía a un viejo pariente suyo, don Juan de Dios Picón Grillet, a quien no conoció sino por su fama de genio al que arrastró la fantasía, y quien como pequeño Gutenberg criollo reproducía en su imprenta manual el calendario que regía el tiempo de las cosechas, las fiestas de guardar y anunciaba la llegada de las aves migratorias.

En octubre de 1958, sus coterráneos lo aguardan. Quieren celebrar con su hijo errante los 400 años de la fundación de Mérida y por ello lo designan como “orador de orden” para el acto central de los festejos. Entonces estaba en Brasil como embajador y sus compromisos le impiden viajar, pero envía a las manos fervorosas de Pedro Nicolás Tablante Garrido su hermoso testimonio “Mensaje a los merideños”, que se lee el 9 de octubre. En un juego de memoria y confesión, repasa intensos momentos de su infancia y juventud mientras reconoce las transformaciones de aquella vieja villa en la más promisorio ciudad cultural de Venezuela: “Mérida fue mucho más que el lugar de origen; el primero y dramático impulso del destino y la vocación”, decía en esa semblanza.

Aquella Mérida que Picón Salas evoca con deleite de artesano es la que estaba viva en su memoria, por ello quería dejar un testimonio donde los merideños de su presente y, habría que agregar, los de hoy, pudieran leer la crónica sosegada de aquellos días. La ciudad ya no viste sus mejores colores para acompañar la

memoria de su ilustre hijo, quien nunca abandonó su condición de merideño entrañable.

Es inevitable comprobar en el presente, que el paso de estos últimos años por la otrora ciudad apacible, la ha transformado en todos sus aspectos. Como consecuencia del crecimiento natural de la población y de las migraciones internas, su equilibrio se ha hecho inestable. Es una ciudad que se ha hipertrofiado. La estructura urbana colapsa, agudizando los problemas del desgaste estructural. Ha habido poca conservación de sus antiguas construcciones y monumentos, muy escasa efectividad en la conservación de sus recursos naturales y sí mucha indolencia frente al deterioro del ambiente y de la calidad de vida. Todo esto es lo que marca el contraste. ¿Sería tan apacible el relato vivencial de nuestros días? ¿Cómo condensar el vértigo de la ciudad que ha dejado de ser amable y vivible?

La de Picón Salas es la semblanza bucólica de una ciudad que cada vez se aleja más de la urbe ruidosa, violenta, y agredida de hoy. Por eso vale la pena recordar aquellos testimonios de afirmación, como el de don Mariano, no como un referente histórico y nostálgico, sino como un ejercicio de ciudadanía contra el despilfarro de una herencia que pudo haberse apreciado en su justa dimensión. En verdad, poco queda en la ciudad de aquella emoción afectiva que nos legara Picón Salas. El paisaje de la sierra es apenas un testigo mudo y, salvo en los días de ocasionales nevadas, ya casi no se ven las nieves *de antaño*.

**Profesor e investigador de la Facultad de Humanidades
y Educación ULA. Doctor en Letras. Escritor.
Ex Coordinador General CDCHT
E-mail: gregory@ula.ve*